

nes claras y precisas acerca de su origen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altísimo, la sola doctrina de sus discípulos, que nos dicen que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fué hecho por él; que le llamaban su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran aun cuando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

¡Oh vosotros los que le negais su gloria y su divinidad, y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres! acabad la blasfemia y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues lejos de establecer en él la gloria de Dios y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á divinidad, de hacerle colocar malamente al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

Nosotros, católicos, los que creemos en él y á quienes ha sido revelado el misterio de Cristo, no perdamos de vista este modelo divino que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo; consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal; estos son los diferentes estados de la vida del cristiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo imperio que vino á formarse Jesucristo sobre nuestros corazones; el mundo á quien hasta aquí hemos servido no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias; buscábamos en él la libertad, la paz, la dulzura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura y la desgracia de nuestros dias. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, pero no nos da la paz como la promete el mundo. El mundo ha-

bia querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleites de los sentidos, por la indolencia y por una vana filosofía; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesucristo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz y á la felicidad que buscamos; el despego, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos y la abnegacion de nosotros mismos, son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues; no tenemos mas felicidad que esperar aún en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones y prohibirnos los violentos deleites que turban y corrompen el corazon; solamente la filosofía del Evangelio forma sábios y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyéndole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que vanidad y afliccion de espíritu. Y solo Jesucristo viniendo á traer la espada y la separacion, vino á traer la paz á los hombras.

¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y los deleites no hacen felices á los hombres; venid, pues, á recobrar un corazon que ha huido en vano de vos y que á pesar suyo sus propios disgustos os le traen; venid á ser su salvador, su paz y su luz, y mirad mas sus desgracias que sus delitos.

Ved aquí, señores, cómo el ministerio de Jesucristo seria para los hombres una inevitable ocasion de idolatría, si no fuera mas que una simple criatura; veamos ahora cómo el espíritu de su ministerio seria el lazo de nuestra inocencia.

SEGUNDA PARTE.

El resplandor del ministerio de Jesucristo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla. Por grande que nos haya parecido por los oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo y por las admirables circunstancias de sus misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza, y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y sus promesas. Descubramos, pues, todo lo que en sí encierra, hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesucristo su cualidad de hombre justo y de enviado de Dios Todopoderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar que es un Dios encarnado, que bajó á la tierra para salvar á los hombres.

Esta, católicos, es una alternativa inevitable. Si Jesucristo es santo, es Dios, y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio de la misma eterna verdad que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su nacimiento divino están obligados á confesar que fué un hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia y á confundirle con los impostores, éstos solo han sido algunos monstruos de quienes ha tenido horror el humano linaje, y cuyo nombre, odioso aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde habia salido el horror de su impiedad.

A la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caracteres de inocencia y de santidad, que Jesucristo hijo de Dios vivo? ¿en qué filósofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para con la gloria humana, tanto celo de la gloria del Ser Supremo, y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¿Qué celo por la salud de los hombres! Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los filósofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerlos conocer su flaco ó su ridiculez; Jesucristo no habla de sus vicios sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesucristo es el médico: los unos se preciaban de notar en sus prójimos vicios de que ellos no estaban exentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exime su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desórdenes de una ciudad infiel: bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar despreciándolos, y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un justo mas universalmente exento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad; cuanto mas se le observa mas se descubre su santidad. Sus discípulos, que le veian mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida, y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heróica virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo, no responde sino cuando sus respuestas pueden ser útiles á la salud de los que

le preguntan, no se ven en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre; en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y grandeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino cuando come en casa del Fariseo que cuando resucita á Lázaro. Cierto, católicos, que sola la naturaleza no podria llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un filósofo que da preceptos; es un justo que con su propio ejemplo da las reglas y preceptos de su doctrina. Es preciso, pues, que sea santo, pues aun el mismo discípulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia y á su santidad con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no pudo reprenderle de pecado alguno.

Digo, pues, católicos, que si Jesucristo es santo, tambien es Dios, y que si considerais la doctrina que nos enseñó, tanto en orden á su Padre como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta doctrina no seria mas que un conjunto de equívocos malignos ó de ocultas blasfemias.

Dije, si considerais la doctrina que nos enseñó en orden á su Padre: porque á la verdad, si Jesucristo no fuera mas que un simple enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones idólatras la unidad de la divina esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los judíos, los que habia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente no tenian necesidad de que Dios les enviase un profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un

profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel y libertador de su pueblo; además de esto, ¿cómo cumple Jesucristo con su ministerio, y en qué estilo habla del Ser Supremo? Moisés y los profetas, encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno, que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas, y que ellos no eran mas que sus siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas. No se les oia expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision. En ningun modo se comparaban con el Ser Supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre, y á fabricarse dioses palpables y visibles. No se valían de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor en cuyo nombre hablaban, y dar lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

Pero si Jesucristo no fuera mas que un enviado, como ellos, seria necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes que Abraham y que todas las cosas; que el Padre y él no eran mas que uno; que la vida consistia tanto en conocer al Hijo como en conocer al Padre; que cuanto hace el Padre lo hace tambien el Hijo: buscadme un profeta hasta Jesucristo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito y de tan poco respeto para el Dios Supremo, y que en vez de dar á Dios la gloria como autor de todo don excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes

se compara al Dios Soberano; es verdad que una vez dijo que el Padre era mayor que él; ¿pero qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios encarnado? ¿no tendríamos por insensato á un hombre que con seriedad nos dijese que el Ser Supremo es mayor que él? ¿no es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay por ventura alguna proporcion de mas y menos entre Dios y el hombre, entre el todo y la nada? ¿Pero qué digo? Jesucristo no se contenta con decir que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los judíos que se escandalizan; lejos de desengañarlos con claridad los confirma en el escándalo; en todas partes usa de un lenguaje ó impío ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara y justificara: si no es un Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á escandalizar á los judíos dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones haciéndose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz y el conocimiento de Dios, como él mismo decia, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras cuando los tienen por dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: Adorad al Señor, cuyos enviados y ministros somos: el ángel del Apocalipsi cuando San Juan quiere postrarse en tierra para adorarle, rehusa con horror este respeto, y le dice: *Adora solo á Dios.*¹ ¡Y Jesucristo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! y Jesucristo alaba la fe de los discípulos que le adoran, y que con Tomás le llaman *su Señor y su Dios!*² ¡Y Jesucristo confunde á sus enemi-

¹ Apoc. 19. v. 10.

² Joan. 20. v. 28.

gos que le disputan su divinidad y su eterno origen! ¿Es acaso menos celoso que sus discípulos de la gloria del que le envia? ¿ó le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Ser Supremo y que aniquilaria el único fruto de su ministerio?

A la verdad, católicos, ¿qué bien hubiera traído al mundo Jesucristo si los que le adoran fueran idólatras y profanos? Todos cuantos han creído en él le han adorado como á Hijo Eterno del Padre, imágen de su sustancia y esplendor de su gloria; no se halla en el cristianismo mas que un corto número de hombres que teniéndole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta secta, desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos sectarios desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impía luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas y en las extremidades de las provincias y reinos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones que Jesucristo vino á formar en la tierra? ¿Es esta aquella Jerusalem celestial, antes estéril y ya fecunda, que debia encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y adonde desde las islas remotas los príncipes y reyes habian de venir á adorar? ¿Son estas las grandes utilidades que debia sacar el mundo del ministerio de Jesucristo? ¿es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reino espiritual y perpetuo, anunciado por los profetas con tanta majestad y que debia acompañar la venida del Salvador? ¿Qué os parece, católicos? ¿habia de reducirse una esperanza tan magnífica á ver al mundo en una

nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los justos, manifestado desde lejos á todo el universo como su único remedio, ¿habia de corromperle y pervertirle para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los reyes y los césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no habia de comprender en su extension mas que un corto número de hombres odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿habia de limitarse á formar la bárbara secta del impío Socino?

¡Oh Dios! ¡qué sábia y razonable parece la fe de vuestra Iglesia cuando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! ¡Y qué consuelo es para los que creen en Jesucristo y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia cuando intenta abrirse nuevos caminos y arruinar el único fundamento de la fe y de la esperanza de los cristianos!

Ved, católicos, cómo la doctrina de Jesucristo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno origen. Por eso cuando hablan los profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas; llenos de la inmensidad, de la omnipotencia y de la majestad del Ser Supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano para que corresponda á lo sublime de estas imágenes; este Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano, quien pesa los montes en su peso, quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades, quien como jugando sostiene el universo. ¿Unos puros hombres habian de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad

del Ser Supremo y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle, y los mas elevados términos nunca lo son bastante para su admiracion y pasmo.

Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los profetas; le llama Padre santo, Padre justo, Padre clemente, pastor que corre tras la oveja descarriada y que con gran bondad la echa sobre sus hombros; amigo que se deja vencer de las importunidades de su amigo; padre de familias alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un hijo que habla con un lenguaje doméstico, que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime que le hace familiar la idea del Ser Supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con la majestad de su gloria, y finalmente, que no habla sino de lo que ve claramente y de lo que el mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion, los hijos de los reyes hablan simplemente de los cetros y coronas, y solamente el Hijo eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

Supuesto, pues, católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesucristo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos y amarle mas que temerle. Pero con todo eso, nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos, nos mueven poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable para nosotros su ley, tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiriamos si sus trasgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos, disputas